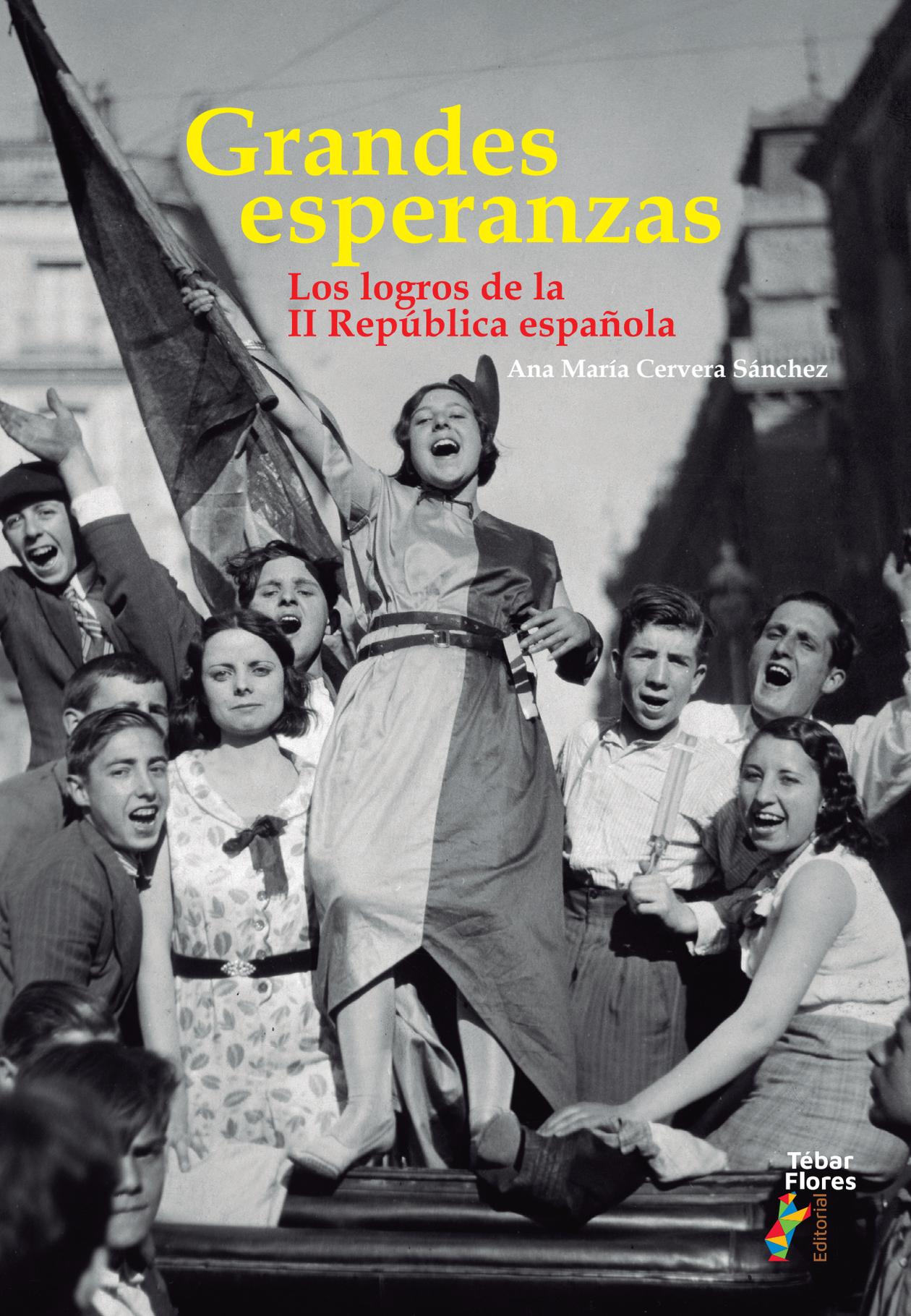


Grandes esperanzas

Los logros de la
II República española

Ana María Cervera Sánchez



Tébar
Flores



Editorial

GRANDES ESPERANZAS

Los logros de la II República española

Ana María Cervera Sánchez

GRANDES ESPERANZAS

Los logros de la II República española

Ana María Cervera Sánchez



www.tebarflores.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización expresa de Editorial Tébar Flores. La infracción de estos derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Grandes esperanzas. Los logros de la II República española

© Ana María Cervera Sánchez

© Editorial Tébar Flores, S.L.

C/ Zurbano, 45

28010 Madrid

Tel.: 91 550 02 60

info@tebarflores.com

www.tebarflores.com

ISBN: 978-84-7360-897-8

Imagen de cubierta: ullstein bild - Malina

A Marta y José Vicente, siempre.
A todos los que quiero y he querido.
A mi padre, que creció al sol de la República.

Índice

Prólogo	9
Introducción: España, años treinta: el ocaso de un sistema	11
Capítulo 1: La II República. Proclamación ciudadana y cambio de régimen	15
Capítulo 2: Intelectuales y República: grandes esperanzas	23
Capítulo 3: Educación y cultura: pilares para la igualdad y la democracia	31
Las Misiones Pedagógicas	33
La Institución Libre de Enseñanza	37
Bibliotecas de cultura popular	39
La formación de los nuevos maestros	43
Legislación. Incentivos a la educación	46
Los Institutos Obreros	52
Capítulo 4: La Edad de Plata en la cultura de un pueblo	57
Autores en la República de los Intelectuales	58
El Teatro del Pueblo, La Barraca y El Búho	73
Cine, teatro y música	79
Política editorial	89
La Feria del Libro	95
Fiestas populares y efemérides	99
Ateneos y casinos	102
Legislación sobre ayudas a la cultura	109
Capítulo 5: Participación social	115
Participación política	117
Voto femenino y derecho al divorcio	121
Integración laboral de la mujer	126
Proyectos de autonomía regional	130
Prensa y radio. La comunicación social	132
Mejoras sanitarias	138
Deporte	141
Arquitectura y ornamentación pública	147
Capítulo 6: Protagonistas. Historias de un compromiso	153
Manuel Azaña. Comprometido con la política	155
Juan Peset. Comprometido con la Universidad	158
Marcos Ana. Comprometido con la poesía	159
Bluff. Comprometido con la crítica y el humor	160
Luisa Carnés. Comprometida con la literatura y la crónica social	162
Thomas Malonyay. Comprometido con el patrimonio	163
Corpus Barga. Comprometido con el periodismo	164

Dorotea Barnés. Comprometida con la ciencia	166
José Ballester Gozalvo. Comprometido con la educación	167
Alberto Sánchez. Comprometido con la escultura	169
Clara Campoamor. Comprometida con los derechos de la mujer	172
Pau Casals. Comprometido con la música	175
Josefina Carabias. Comprometida con la libertad de expresión.....	177
Familia Gaos. Comprometidos con la cultura.....	179
Pablo de Azárate. Comprometido con la República	182
Manuel Tuñón de Lara. Comprometido con la historia	185
Epílogo: Memoria de una ilusión que no fue utopía	189
Bibliografía.....	193

Prólogo

Abrir un prólogo resulta siempre complicado. Hablar de la II República aún más. Pese a que la distancia de la Historia y del tiempo largo han tenido sus efectos, como una especie de amnesia colectiva, la experiencia republicana abierta en 1931 marca aún gran parte del debate político y social, hasta el punto de que a ella se le achacan los grandes males, o se la magnífica hasta límites insospechados. Aquí, por tanto, no queda otra. La labor del profesional de la Historia, parafraseando a Marc Bloch, debe ser la incesante búsqueda de la verdad, por más incómoda, compleja o escurridiza que esta sea. En esa búsqueda, *Grandes esperanzas. Los logros de la II República española* supone un paso de gigante necesario.

La experiencia republicana, que se extendió desde 1931 hasta 1939, fue un periodo de importantes transformaciones políticas, educativas, sociales y culturales en España. Su proclamación significó la instauración de un régimen que introdujo novedades, algunas como la separación de la Iglesia y el Estado — casi nada —, además de la promulgación de una serie de reformas que buscaban modernizar el país. En el fondo, en este espíritu republicano — condensado en el primer artículo de la Constitución «de trabajadores de toda clase» — latía un deseo modernizador, en la línea de otras experiencias republicanas europeas que, concentradas en esas «grandes esperanzas», no estuvieron exentas de dificultades y retos.

En el fondo, con ese afán se pretendía sacar de un presumible atraso a España, aún no recuperada de la dictadura de Primo, por medio de la extensión de las ideas que jalonaron la República: educación, progreso y cultura. Estos cambios tenían una única finalidad: repetir aquello de que «el futuro de la República era de sus ciudadanos y hombres libres». Es por ello por lo que urgía un libro que contextualizase las reformas y las explicase, tanto como plan de conformación de la realidad de este tiempo, como de esperanza ante una novedad que será sepultada en la guerra civil.

Por ello, el presente volumen no rehúye del análisis de este armazón y lo hace teniendo en cuenta todas sus circunstancias y avatares. En el fondo, como ha afirmado la historiografía, hacen falta obras que sitúen a

la República en su sitio, con sus aciertos y errores. En esto Ana María Cervera Sánchez no cesa en su empeño y logra, para expertos y profanos en la materia, explicar los detalles que sostuvieron las principales reformas de la República, la dotaron de legitimidad de ejercicio y también estuvieron en los argumentos de su injustificado final.

Debemos destacar también que la obra de Cervera Sánchez no queda en la mera exposición histórica, sino que este relato se hace de forma didáctica y amena, algo poco corriente en las monografías de naturaleza histórica y que explica la lejanía del público en general hacía la ciencia historiográfica. El relato condensado de la labor de las misiones pedagógicas, de los y las intelectuales, de los ateneos, de la prensa o del urbanismo, entre otros, es fundamental para entender la República y dotarla de sentido y oportunidad histórica en el periodo.

Pese a todo, la sombra del franquismo es alargada. En sus primeros intentos de imponer las lógicas del nuevo Estado franquista estaba el fuerte sentimiento antirrepublicano, asociando la experiencia al anticlericalismo, el caos y la guerra. En esto sabemos que ganaron. Así, en el ya lejano año 2008, una de las pocas ocasiones en que el CIS ha preguntado sobre la II República, la mayoría de los encuestados afirmaban desconocer gran parte del proceso, 4 de cada 10 sostenían que fue la primera experiencia democrática y únicamente un 4,2% lo consideró uno de los acontecimientos más importantes del pasado reciente, por debajo de la Transición o del propio franquismo.

Por todo ello, recuperar las grandes esperanzas de la República, en la línea de lo que han realizado historiadores como Preston, Viñas, Casanova o Ana María Cervera Sánchez, supone pagar una deuda con el pasado republicano, no tan alejado de las pretensiones de cambio, esperanza e ilusión que muchos movimientos sociales y políticos recientes quisieron y quieren para España.

Grandes esperanzas es una obra que viene a llenar ese vacío, a hacerlo comprensible y pagar la deuda. Gracias Ana María Cervera por hacerlo posible.

En València, a 4 de abril de 2023, a 92 años de la proclamación de la II República española.

Juan Carlos Colomer Rubio
Universitat de València

Introducción

España, años treinta: el ocaso de un sistema

«Las sombras se adelantan al amanecer [...] Todo empieza así. Bajo los soportales ennegrecidos de la plaza Alfonso XIII, un grupo de hombres se arremolina inquieto. Hace dos días fueron elegidos concejales de Eibar en las elecciones municipales que han sacudido el país. Hoy han sido convocados [...] No saben qué va a pasar. Casi todo empieza así.»

Paco Cerdà, *14 de abril* (2022)

España ha vivido a lo largo de su historia dos breves periodos republicanos. El primero de ellos, iniciado en febrero de 1873, encadenó cuatro gobiernos en menos de un año, dejando un recuerdo idealizado: el de la oratoria de Castelar y la tímida nostalgia de un federalismo que no fue.

Con su final, tras el golpe de Pavía, el llamado sistema de la Restauración consolidó durante casi seis décadas una estructura política anclada en el pasado. Fue un régimen pactado entre las élites, excluyente y ajeno a lo que el devenir del siglo xx señalaba en el continente europeo. El propio Cánovas llegó a decir a Alonso Martínez, cuando se discutía en las Cortes el artículo de la Constitución en el que se definía a los españoles, que españoles son «los que no pueden ser otra cosa»; pero el país no vivía aislado y, al igual que para el resto de los países europeos, los años treinta suponen en España un punto de inflexión en su historia contemporánea.

Llegan nuevas ideas, nuevos partidos y nuevas culturas políticas que, pese al esfuerzo de los sucesivos gobiernos de Alfonso XIII, iban calando en una numerosa población que vivía inevitablemente al margen. Republicanos, socialistas, anarquistas, comunistas, nacionalistas... presentes en todas las capas de la sociedad, pero invisibles.

Y, por otro lado, la grave crisis económica tras la depresión y los efectos de la Gran Guerra, resaltaban las carencias de una economía que en

modo alguno había entrado en la modernidad. La sociedad española de los años treinta era aún eminentemente rural. De hecho, a lo largo de todo el siglo XIX, los cambios estructurales y políticos que afectaron a la economía agraria del país fueron más encaminados a reforzar la vinculación del campesino con la tierra que a modernizar de algún modo la actividad rural, lo que no hizo sino aumentar, periódicamente, las crisis de subsistencia y el abandono, miseria y creciente malestar de la población del ámbito rural, y, por otro lado, imposibilitaba liberar parte de esta población hacia algún tipo de actividad industrial.

Hasta la primera década del siglo XX, la población ocupada en el sector primario suponía casi un 65% de la población activa del país, un porcentaje en el que, si incluimos a la población femenina agrícola, elevaría el número al 70% o más de la población activa total (Pérez Moreda, 1984).

Dadas las especiales características del desarrollo industrial español, muy tardío con respecto a la industrialización de otros países europeos, esta población rural combinó a veces sus ocupaciones agrícolas con trabajos estacionales en algunos sectores que podíamos definir como proto-industrializados: las manufacturas textiles, la metalurgia, los transportes o la construcción; incluso en el sector servicios, entendido como de criados o servicio doméstico.

Por tanto, en el conjunto del Estado español, la movilidad interna no empezó a notarse hasta que se asentaron los primeros efectos de la industrialización y la urbanización creciente, un porcentaje de población que apenas llegaba al 12% en 1930. Solo al comienzo de la década empieza a transformarse la vida urbana, con nuevos edificios para funciones nuevas, de oficinas, comunicaciones o espectáculos. La vida política y social se va haciendo más compleja, aunque dentro de una continua tensión entre la ciudad y el campo.

Así todavía, según el censo de 1930, más del 45% de la población activa se ocupaba en la agricultura, dibujando una sociedad anclada en el pasado. De los 23 millones de habitantes, menos de 4 millones vivían en las principales ciudades del país. La población era dispersa, con enormes diferencias sociales y económicas, especialmente en el campo, donde una pequeña oligarquía controlaba tierras y vidas de la mayoría de la población.

Un país que no salía de su dedicación agraria por excelencia era, a la vez, sinónimo de una economía atrasada, puesto que el producto de esta dedicación casi exclusiva arrojaba en muchas ocasiones una cifra igual a

cero. En los años veinte, la productividad del cereal en España se encontraba entre las más bajas de Europa, solo superior a Grecia, Rumanía, Turquía y Portugal (Palafox, 1991: 160). Una situación que se reproducía en la industria, que en el primer tercio del siglo se centró en recurrir a grandes cantidades de mano de obra, descuidando la inversión en bienes y capital, salvo excepciones de las más desarrolladas economías periféricas.

En educación y alfabetización, las cifras son también sombrías. En 1930, según el censo, la franja de población hasta 14 años de edad era de 3 millones de personas; teniendo en cuenta que la edad de escolarización obligatoria se había elevado en 1923 hasta los 14 años, la tasa de escolarización durante el primer año de la República era solo del 60%, con edades sobre todo entre los 6 y los 11 años.

El pedagogo Lorenzo Luzuriaga había trazado en 1926 los rasgos de este panorama atávico. De hecho, el programa que desarrolló la República sobre educación contenía la inspiración de sus escritos y su anteproyecto de Ley de Instrucción Pública, que apostaba por un modelo de escuela responsabilidad del Estado, gratuita, laica y no confesional.

Como decimos, las cifras que muestra son crudas: en la década de 1920, el analfabetismo neto de la población (que incluye a quienes no entran en la edad de escolarización obligatoria) arrojaba el porcentaje medio del 32,4%, señalando, para el caso de la población femenina, casi un 40% de analfabetismo. Y en el campo, los porcentajes empeoran: frente al 34% de analfabetismo en el País Vasco y Navarra, estaban las cifras de un 64'53% en Extremadura, un 66'26% en Andalucía, o del 70'12% en Murcia.

Solo será en el primer tercio del siglo xx cuando empiecen a notarse cambios e, incluso en el aspecto poblacional, pueda hablarse abiertamente de transición demográfica, debido a la bajada de las tasas de fecundidad y de mortalidad. Aunque España no deja de ser un caso atípico del paso de un régimen antiguo a otro moderno de la población, puesto que sucesivos retrocesos traumáticos lastraron hasta bien entrado el siglo el normal tránsito hacia una cierta modernidad demográfica.

Dentro de este contexto económico y social, el signo del largo y convulso reinado de Alfonso XIII era también la debilidad de su estructura; la misma estructura de un país asolado dentro y fuera por el atraso, la corrupción y la sangría de la guerra en Marruecos; un país en el que el rey tuvo que organizar una expedición a caballo a Las Hurdes para comprobar si aquel enorme rincón donde también reinaba vivía o no en el siglo xx.

A lo largo del tiempo, el rey y sus ministros nunca se preguntaron por qué, sino cómo; ante las sucesivas crisis, su única respuesta fue la represión y, al final, durante siete años, la suspensión del orden constitucional con la dictadura de Primo de Rivera, alentada y aplaudida por el propio rey.

Un aviso de tormenta perfecta, que el propio conde de Romanones supo ver: «Desde el momento en que surgió la Dictadura, fui de ella un enemigo irreductible [...] me movía el estar seguro [...] que la Dictadura traería como consecuencia inevitable el término de la Monarquía» (Romanones, 1947: 104). Y así ocurrió. En lo que algunos igual pensaron como un mal sueño, y para otros alumbró la esperanza, un día de abril España se acostó monárquica y se levantó republicana.

Capítulo 1

La II República. Proclamación ciudadana y cambio de régimen

«En el triunfo de la República, en 1931, los que menos parte tuvieron fueron los republicanos... Nadie podrá negar ante la historia que el ambiente que hizo caer a la Monarquía representaba, por lo menos en las grandes poblaciones, una inmensa mayoría y una fervorosa esperanza. Casi todos los españoles tenían la sensación, y en esto acertaban, de que a la Monarquía, después de fracasada la experiencia dictatorial, le faltaban los resortes indispensables para sostenerse.»

Gregorio Marañón

El 27 de agosto de 1931 el socialista Jiménez de Asúa presentaba ante las Cortes el proyecto de Constitución de la II República española, con un discurso en el que decía: «Queremos hacer una Constitución que arranque del propio pueblo», en un momento en que España llegaba, por fin, a una esperada revolución democrática que otros países ya habían alcanzado. Y esto tras abocarse el país entero a una situación que se contemplaba como irremisiblemente acabada.

El diario *ABC*, tradicional bastión de la propaganda monárquica, apuntaba en un editorial del 22 de abril de 1930 que «nunca salvó a una institución el tardío entusiasmo de sus incondicionales. Un régimen de gobierno se sostiene por el prestigio de quien lo personifica y por la obra que realiza [...] hay que acudir al reparo de sus quebrantos, gobernando pronto y bien».

Sin embargo, no era fácil «reparar» el quebranto de un sistema que había empezado a hundirse en 1898 —en todos los sentidos— y que no encontró un desenlace hasta 1931. Como bien señalaba el diario *ABC*, el poder puede mantenerse un tiempo por la fuerza, o incluso por la propia debilidad de sus adversarios, pero acaba derrumbándose si no logra al final afirmar su legitimidad. Y así, tanto la monarquía desorientada como

la oligarquía que la sustentaba se abocaron en 1931 a la desaparición de la larga etapa de la Restauración, sin encontrar un sistema de valores que justificara su continuidad.

La monarquía de Alfonso XIII había quedado a la deriva tras el final de la dictadura de Primo de Rivera, ensayando dos breves gobiernos al frente de militares — Berenguer y Aznar —, mientras a la vez perdía apoyos entre sus propios fieles. En febrero de 1930, Miguel Maura, que un año después jugaría un papel destacado en la llegada de la República, se acerca a palacio a despedirse del rey que, despreocupadamente, al volver del tiro de pichón le pregunta: «¿a dónde te marchas?», a lo que Maura respondió: «al campo republicano, señor». No es de extrañar que un año después el propio Miguel Maura reconociera, tras el triunfo republicano en las elecciones del 12 de abril: «Nos regalaron el poder. Suavemente, alegremente, ciudadanamente».

Si en febrero de 1930 un sorprendido Alfonso XIII ve salir de sus filas a Miguel Maura, esa desafección «moral» que se extendía entre los propios monárquicos y conservadores se convierte poco a poco en un convencimiento «intelectual» que cristalizará, de un lado, en el impulso político definitivo de mano de la Agrupación al Servicio de la República y, por otro lado, igual que ocurrió con Maura, en la toma de postura frente al caduco sistema por parte de personalidades que habían sido hasta entonces referentes del conservadurismo liberal.

Nos estamos refiriendo, entre otros, a Niceto Alcalá-Zamora, ex ministro de la monarquía, que también un 13 de abril, pero de 1930, pronunció un esperado discurso en el Teatro Apolo de Valencia que no defraudó; tras analizar detenidamente la situación política del momento, se declaraba a favor de la República, explicando que la «legalidad constitucional» estaba «deshecha» y era «imposible de reconstruir».

Llegó al fin la República, y lo hizo de forma inesperada: decidieron el cambio unas elecciones municipales por las que el almirante Aznar, presidente de Gobierno, había apostado como intento más leve que unas generales para reconducir la situación política del país. Sus resultados mostraron que los partidos monárquicos ganaban sin apenas margen en el conjunto de España, pero la coalición republicano-socialista se hacía con el poder en las grandes ciudades. Esa sensación de victoria, o de derrota moral y abandono en otros casos, provocó dos días después de los comicios la proclamación de la República en muchos ayuntamientos y la fiesta popular en la calle.

La tarde del 14 de abril de 1931, el rey Alfonso XIII decidía abandonar España, tras dos días en que el júbilo y las expectativas corrían por las calles, pero ni el rey ni la clase política salían de un estado de sorpresa y estupor. Tampoco en los días previos a las elecciones ni en los siguientes hasta que no se supieron los resultados, la prensa de la época parecía consciente del importante cambio institucional que se precipitaba tras la celebración de unas simples elecciones municipales.

El periodista y escritor Josep Pla llega a Madrid la mañana del 14 de abril, enviado por Cambó como corresponsal del diario *La Veu*, y sus primeras impresiones, en forma de dietario (Pla, 2003), recogen esta sensación, aunque reconoce que les envolvía, incluso antes de llegar, «un ambiente de profecía». Pero, incluso con la sensación general de que algo cambiaba, Josep Pla escribe al instalarse en la capital (2003: 15):

«Me sorprende la postura de los periódicos, sobre todo la de los más ligados al movimiento republicano. Su punto de vista es que los resultados electorales del 12 de abril son muy importantes, pero que sería prematuro empezar a hablar de triunfo completo. En general [...] no pueden tomarse como una plataforma decisiva para cambiar el régimen. Hay que esperar a las elecciones generales para ver qué se debe hacer y, en definitiva, qué pasará.»

Aunque el socialista Fernando de los Ríos profetizaba el mismo 14 de abril que «la República va a implantarse en España de manera indefectible antes de dos años», llegó mucho antes porque el propio Alfonso de Borbón declinó resistir «cuando no se tiene fuerza moral para ello», palabras que para el observador del diario *La Veu* resumían la mayor parte de su reinado. Así, concluía Josep Pla que «resulta curioso constatar que, a veces, los hombres empiezan a volverse sensatos cuando lo tienen todo perdido» (Pla, 2003: 18).

Con esta sensación de *impasse*, solo *El Heraldo de Madrid*, republicano, reaccionaba al día siguiente de las elecciones con la lógica alegría, proclamando en su editorial que «en el gran plebiscito de ayer España votó por la República». A partir de aquí, desde el día 15, las conocidas imágenes de la Puerta del Sol abarrotada empiezan a mostrar a los ciudadanos el cambio casi inesperado: el *ABC*, que el 14 de abril alertaba sobre una «grave situación política», en su primera página del día 15 publicaba ya una galería fotográfica con el nuevo Gobierno provisional de la República y el día 17 hace pública la carta de despedida del rey a la nación.



Proclamación de la II República, Puerta del Sol de Madrid, 1931 (BNE)

El diario vespertino de tendencia liberal y orientación popular *La Voz*, celebraba el 14 de abril que la proclamación de la República traía un nuevo régimen que venía «puro e inmaculado, sin traer sangre ni lágrimas», mientras que *El Sol* aseguraba que se había cumplido «plenamente la voluntad nacional», escribiendo que «el pueblo dio a D. Alfonso la investidura suprema, y es el pueblo quien se la quita. Hoy, como hace mil años, los reyes se van y las naciones quedan».

Y, por supuesto, en consonancia con sus ideas, *El Socialista* subrayaba el 15 de abril «la emoción que siente y manifiesta el pueblo», pidiendo en sus páginas consolidar la República conquistada. «Es este, en esta hora histórica, el problema más grave que tenemos que hacer frente. [...] Si

encauzamos con tino nuestra actividad, España alcanzará muy pronto el rango que le corresponde entre los pueblos civilizados».

Por su parte, el diario monárquico *La Época* reconocía la derrota al inicio de su crónica de las elecciones del 12 de abril: «Estaríamos ciegos si negáramos la realidad. Monárquicos de siempre y para siempre, no vacilamos en afirmar que estamos ante un hecho». Es obvio el reconocimiento del cambio entre las filas conservadoras, católicas y monárquicas: El diario católico *El Siglo Futuro* se lamentaba de la victoria de los republicanos en las municipales a la vez que criticaba con dureza a los monárquicos. Incluso el editorial del diario católico *La Cruz* del 15 de abril se inclinaba a aceptar de manera democrática el cambio político, a pesar de estar radicalmente en contra de los nuevos valores.

A principios de los años treinta, la prensa no era todavía capaz, en una España muy atrasada y con un pobre nivel de lectura, de movilizar mayoritariamente la opinión pública en un sentido o en otro, pero sí que era plenamente capaz de mostrar un «fresco» del ambiente de júbilo espontáneo que recorrió pueblos y ciudades. Madrid era una fiesta. España era una fiesta.

Y, como decía el personaje de Galdós en *Fortunata y Jacinta*, Juanito Santa Cruz: «La Monarquía es imposible; hay que convencerse de ello. Dicen que el país no está preparado para la República; pues que lo preparen». Por ello, cuando el 11 de febrero se proclamó la I República, exclamaba Santa Cruz: «Es admirable. La Europa está atónita. Digan lo que quieran, el pueblo español tiene un gran sentido».

También tuvo un gran sentido cuando se proclamó la II República. El historiador Manuel Fernández Álvarez, testigo siendo niño del cambio de régimen en Oviedo, recuerda que la alegría fue la tónica general en toda España, y que fue «un gran jolgorio popular, como si el pueblo se hubiera despojado de un traje viejo y se hubiera puesto otro para la gran fiesta, pero sin ningún incidente y sin ningún acto de violencia censurable» (Fernández Álvarez, 2011: 480).

El cambio de régimen se produjo de forma ordenada y suave porque las condiciones sociales se estaban dando. Las Cortes surgidas de la República contemplaron la entrada en sus escaños de obreros al igual que de catedráticos. En su nacimiento, el nuevo régimen político de España que arrancaba en abril de 1931 representó un cambio singular en el contexto europeo, apostando por una democracia liberal, parlamentaria, social y participativa. Se abrió un pacto entre las clases medias de valores repu-

- SÁNCHEZ RECIO, G. (2003): «El reformismo republicano y la modernización democrática». *Revista Pasado y Memoria*, 2. Universidad de Alicante. pp. 6-44.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C. (2000): *España: un enigma histórico*. Edhasa, Barcelona.
- TAPIA BOLÍVAR, D. (1982): «Recuerdo de la aventura humana y editorial de Rafael Giménez Siles». *El País*, 9 de junio.
- TIANA FERRER, A. (2020): *Las misiones pedagógicas. Educación popular en la Segunda República*. Catarata, Madrid.
- VILLA GARCÍA, R. (2011): *La República en las urnas. El despertar de la democracia en España*. Marcial Pons, Madrid.
- VILLACORTA, F. (2003): «Los ateneos liberales: Política, cultura y sociabilidad intelectual». *Hispania: Revista española de historia*, vol. 63, n.º 214, pp. 415-442.

